Indignóse tanto la niña de aquella amenaza, y hubo de encontrarla tan insolente, que sintió resurgir de su pecho el odio que en ocasiones su tirano le inspiraba. Y como las tumultuosas apariciones de aquel sentimiento le quitaban por ensalmo la cobardía, se sintió fuerte ante él, y le soltó redonda una valiente respuesta. «Pues mejor: no temo nada. Mátame cuando quieras.»

Y D. Lope, al verla salir en tan decidida y arrogante actitud, se llevó las manos á la cabeza y se dijo: «No me teme ya. Ciertos son los toros.»

En tanto, Tristana corrió á la cocina en busca de Saturna, y entre cuchicheos y lágrimas, le dió sus órdenes, que palabra más ó menos eran así: «Mañana, cuando vayas por la cartita, le dices que no traiga coche, que no salga, que me espere en el estudio, pues allá voy aunque me muera... Oye; adviértele que despida el modelo, si lo tiene mañana, y que no reciba á nadie... que esté solo, vamos... Si este hombre me mata, máteme con razón.»

XIII

Y desde aquel día ya no pasearon más.

Pasearon, sí, en el breve campo del estudio, desde el polo de lo ideal al de las realidades; recorrieron toda la esfera, desde lo humano á lo divino, sin poder determinar fácilmente la divisoria entre uno y otro, pues lo humano les parecía del cielo, y lo divino revestíase á sus ojos de carne mortal. Cuando su alegre embriaguéz permitió á Tristana enterarse del medio en que pasaba tan dulces horas, una nueva aspiración se reveló á su espíritu, el arte, hasta entonces simplemente soñado por ella, ahora visto de cerca y comprendido. Encendieron su fantasía y embelesaron sus ojos las formas humanas ó inanimadas que, traducidas de la Naturaleza, llenaban el estudio de su amante; y aunque antes de aquella ocasión había visto cuadros, nunca vió á tan corta distancia el natural del procedimiento. Y tocaba con su dedito la fresca pasta, creyendo apreciar mejor así los secretos de la obra pintada, y sorprenderla en su misteriosa gestación. Después de ver trabajar á Díaz, se prendó más de aquel arte delicioso, que le parecía fácil en su procedimiento, y entráronle ganas de probar también su aptitud. Púsole él en la izquierda mano la paleta, el pincel en la derecha, y la incitó á copiar un trozo. Al principio, ¡ay! entre risotadas y contorsiones, sólo pudo cubrir la tela de informes manchas; pero al segundo día,

¡caramba! ya consiguió mezclar hábilmente dos ó tres colores y ponerlos en su sitio, y aun fundirlos con cierta destreza. ¡Qué risa! ¡Si resultaría que también ella era pintora! No le faltaban, no, disposiciones, porque la mano perdía de hora en hora su torpeza, y si la mano no le ayudaba, la mente iba muy altanera por delante, sabiendo *cómo se hacía*, aunque hacerlo no pudiera. Desalentada ante las dificultades del procedimiento, se impacientaba, y Horacio reía, diciéndole: «Pues qué crees tú? que esto es cosa de juego?»

Quejábase amargamente de no haber tenido á su lado, en tanto tiempo, personas que supieran ver en ella una aptitud para algo, aplicándola al estudio de un arte cualquiera. «Ahora me parece á mí que si de niña me hubiesen enseñado el dibujo, hoy sabría yo pintar, y podría ganarme la vida, y ser independiente con mi honrado trabajo. Pero mi pobre mamá no pensó más que en darme la educación insubstancial de las niñas que aprenden para llevar un buen yerno á casa, á saber: un poco de piano, el indispensable barníz de francés, y qué sé yo... tonterías. ¡Si aún me hubiesen enseñado idiomas, para que, al quedarme sola y pobre, pudiera ser profesora de lenguas...! Luégo, este hombre maldito me ha educado para la ociosidad y para su propio

recreo, á la turca verdaderamente, hijo... Así es que me encuentro inútil de toda inutilidad. Ya ves, la pintura me encanta; siento vocación, facilidad. ¿Será inmodestia? No, díme que no; dame bombo, anímame... Pues si con voluntad, paciencia y una aplicación contínua se vencieran las dificultades, yo las vencería, y sería pintora, y estudiaríamos juntos, y mis cuadros... ¡muérete de envidia! dejarían tamañitos á los tuyos... ¡Ah, no, eso no; tú eres el rey de los pintores! No, no te enfades; lo eres, porque yo te lo digo. ¡Tengo un instinto...! Yo no sabré hacer las cosas, pero las sé juzgar.»

Estos alientos de artista, estos arranques de mujer superior encantaban al buen Díaz, el cual, á poco de aquellos íntimos tratos, empezó á notar que la enamorada joven se iba creciendo á los ojos de él, y le empequeñecía. En verdad que esto le causaba sorpresa, y casi casi empezaba á contrariarle, porque había soñado en Tristana la mujer subordinada al hombre en inteligencia y en voluntad, la esposa que vive de la sávia moral é intelectual del esposo, y que con los ojos y con el corazón de él ve y siente. Pero resultaba que la niña discurría por cuenta propia, lanzándose á los espacios libres del pensamiento, y demostraba las aspiraciones más

audaces. «Mira, hijo de mi alma—le decía en aquellas divagaciones deliciosas que les columpiaban desde los transportes del amor á los problemas más graves de la vida,—yo te quiero con toda mi alma; segura estoy de no poder vivir sin tí. Toda mujer aspira á casarse con el hombre que ama: yo no. Según las reglas de la sociedad, estoy ya imposibilitada de casarme. No podría hacerlo, ni aun contigo, con la frente bien alzada, pues por muy bueno que conmigo fueras, siempre tendría ante tí cierto resquemor de haberte dado menos de lo que mereces, y temería que tarde ó temprano, en un momento de mal humor ó de cansancio, me dijeras que habías tenido que cerrar los ojos para ser mi marido... No, no. ¿Será esto orgullo, ó qué será? Yo te quiero y te querré siempre; pero deseo ser libre. Por eso ambiciono un medio de vivir; cosa difícil, ¿verdad? Saturna me pone en solfa, y dice que no hay más que tres carreras para las mujeres; el matrimonio, el teatro, y... Ninguna de las tres me hace gracia. Buscaremos otra. Pero yo pregunto: ¿es locura poseer un arte, cultivarlo, y vivir de él? ¿Tan poco entiendo del mundo, que tengo por posible lo imposible? Explícamelo tú, que sabes más que yo.

Y Horacio, apuradísimo, después de muchos rodeos, concluía por hacer suya la afirmación de Saturna.

«Pero tú—agregaba,—eres una mujer excepcional, y esa regla no va contigo. Tú encontrarás la fórmula, tú resolverás quizás el problema endiablado de la mujer libre...

—Y honrada, se entiende, porque también te digo que no creo faltar á la honradéz queriéndote, ya vivamos ó no juntos... Vas á decirme que he perdido toda idea de moralidad.

—No, por Dios. Yo creo...

—Soy muy mala yo. ¿No lo habías conocido? Confiésame que te has asustado un poquitín al oirme lo último que te he dicho. Hace tiempo, mucho tiempo que sueño con esa libertad honrada; y desde que te quiero, como se me ha despertado la inteligencia, y me veo sorprendida por rachas de saber que me entran en el magín, lo mismo que el viento por una puerta mal cerrada, veo muy claro eso de la honradéz libre. Pienso en esto á todas horas, pensando en tí, y no ceso de echar pestes contra los que no supieron enseñarme un arte, siquiera un oficio, porque si me hubieran puesto á ribetear zapatos, á estas horas sería yo una buena oficiala, y quizás maestra. Pero aún soy joven. ¿No te parece á tí que soy joven? Veo que pones carita burlona. Eso quiere decir que soy joven para

el amor, pero que tengo los huesos duros para aprender un arte. Pues mira, me rejuveneceré; me quitaré años; volveré á la infancia, y mi aplicación suplirá el tiempo perdido. Una voluntad firme lo vence todo. ¿No lo crees tú así?

Subyugado por tanta firmeza, Horacio se mostraba más amante cada día, reforzando el amor con la admiración. Al contacto de la fantasía exuberante de ella, despertáronse en él poderosas energías de la mente; el ciclo de sus ideas se agrandó; y comunicándose de uno á otro el poderoso estímulo de sentir fuerte y pensar hondo, llegaron á un altísimo grado de tempestuosa embriaguéz de los sentidos, con relámpagos de atrevidas utopias eróticas y sociales. Filosofaban con peregrino desenfado entre delirantes ternuras, y vencidos del cansancio, divagaban lánguidamente hasta perder el aliento. Callaban las bocas, y los espíritus seguían aleteando por el espacio.

En tanto, nada digno de referirse ocurría en las relaciones de Tristana con su señor, el cual había tomado una actitud observadora y espectante, mostrándose con ella muy atento, mas no cariñoso. Veíala entrar tarde algunas noches, y atentamente la observaba; mas no la reprendía, adivinando que, al menor choque, la esclava sabría mostrar intenciones de no serlo. Algunas noches charlaron de diversos asuntos, esquivando D. Lope, con fría táctica, el tratar del idilio; y tal viveza de espíritu mostraba la niña, de tal modo se transfiguraba su nacarado rostro de dama japonesa, al reflejar en sus negros ojos la inteligencia soberana, que D. Lope, refrenando sus ganas de comérsela á besos, se llenaba de melancolía, diciendo para su sayo: «*Le ha salido* talento... Sin duda ama.»

No pocas veces la sorprendió en el comedor, á horas desusadas, bajo el foco luminoso de la lámpara colgante, dibujando el contorno de alguna figura en grabado, ó copiando cualquier objeto de los que en la estancia había. «Bien, bien—le dijo á la tercera ó cuarta vez que la encontró en semejante afán.—Adelantas, hija, adelantas. De anteanoche acá, noto una gran diferencia.

Y encerrándose en su alcoba con sus melancolías, el pobre galán decadente exclamaba, dando un puñetazo sobre la mesa: «Otro dato. El tal es pintor.»

Pero no quería meterse en averiguaciones directas, por creerlas ofensivas á su decoro, é impropias de su nunca profanada caballerosidad. Una tarde, no obstante, en la plataforma del tranvía, charlando con uno de los cobradores, que era su amigo, le preguntó: «Pe-

pe, ¿hay por aquí algún estudio de pintor?

Precisamente en aquel instante pasaban frente á la calle transversal, formada por edificios nuevos de pobretería, destacándose entre ellos una casona de ladrillo al descubierto, grande y de provecho, rematada en una especie de estufa, como taller de fotógrafo ó de artista. «Allí—dijo el cobrador,—tenemos al señor de Díaz, retratista al óleo...

—Ah! sí, le conozco—replicó D. Lope.—Ese que...

—Ese que va y viene por mañana y tarde. No duerme aquí. ¡Guapo chico!

—Sí, ya sé... Moreno, chiquitín.

—No, es alto.

—Alto, sí; pero un poco cargado de espaldas.

—No, garboso.

—Justo, con melenas...

—Si lleva el pelo al rape.

—Se lo habrá cortado ahora. Parece de estos italianos que tocan el arpa.

—No sé si toca el arpa. Pero es muy aplicado á los pinceles. Á un compañero nuestro le llevó de modelo para apóstol... Crea usted que le sacó hablando.

—Pues yo pensé que pintaba paisajes.

—También... y caballerías... Flores retrata que parecen vivas; frutas bien maduras, y

codornices muertas. De todo propiamente. Y las mujeres en cueros que tiene en el estudio le ponen á uno encandilado.

—¿También niñas desnudas?

—Ó á medio vestir, con una tela que tapa y no tapa. Suba y véalo todo, D. Lope. Es buen chico ese D. Horacio, y le recibirá bien.

—Yo estoy curado de espanto, Pepe. No sé admirar esas hembras pintadas. Me han gustado siempre más las vivas. Vaya... con Dios.

XIV

Justo es decir que la serie borrascosa de turcas de amor cogidas por el espiritual artista en aquella temporada, le desviaron de su noble profesión. Pintaba poco, y siempre sin modelo; empezó á sentir los remordimientos del trabajador, esa pena que causan los trozos sin concluir pidendo hechura y encaje; mas entre el arte y el amor prefería éste, por ser cosa nueva en él, que despertaba las emociones más dulces de su alma; un mundo recién descubierto, florido, exuberante, riquísimo, del cual había que tomar posesión, afianzando sólidamente en él la planta de geógrafo y de conquistador. El arte ya podía esperar; ya volvería cuando las locas ansias se calmasen;

y se calmarían, tomando el amor un carácter pacífico, más de colonización reposada que de furibunda conquista. Creía sinceramente el bueno de Horacio que aquel era el amor de toda su vida, que ninguna otra mujer podría agradarle ya, ni sustituir en su corazón á la exaltada y donosa Tristana; y se complacía en suponer que el tiempo iría templando en ella la fiebre de ideación, pues para esposa ó querida perpétua, tal flujo de pensar temerario le parecía excesivo. Esperaba que su constante cariño y la acción del tiempo rebajarían un poco la talla imaginativa y razonante de su ídolo, haciéndola más mujer, más doméstica, más corriente y útil.

Esto pensaba; mas no lo decía. Una noche que juntos charlaban, mirando la puesta de sol y saboreando la dulcísima melancolía de una tarde brumosa, se asustó Díaz de oirla expresarse en estos términos: «Es muy particular lo que me pasa: aprendo fácilmente las cosas difíciles; me apropio las ideas y las reglas de un arte... hasta de una ciencia si me apuras; pero no puedo enterarme de las menudencias prácticas de la vida. Siempre que compro algo, me engañan; no sé apreciar el valor de las cosas; no tengo ninguna idea de gobierno, ni de orden, y si Saturna no se entendiera con todo en mi casa, aquello sería

una leonera. Es indudable que cada cuál sirve para una cosa; yo podré servir para muchas, pero para esa está visto que no valgo. Me parezco á los hombres en que ignoro lo que cuesta una arroba de patatas y un quintal de carbón. Me lo ha dicho Saturna mil veces, y por un oído me entra y por otro me sale. ¿Habré nacido para gran señora? Puede que sí. Como quiera que sea, me conviene aplicarme, aprender todo eso, y sin perjuicio de poseer un arte, he de saber criar gallinas y remendar la ropa. En casa trabajo mucho, pero sin iniciativa. Soy pincha de Saturna, la ayudo, barro, limpio y fregoteo, eso sí; pero ¡desdichada casa si yo mandara en ella! Necesito aprenderlo, ¿verdad? El maldito don Lope ni aun eso se ha cuidado de enseñarme. Nunca he sido para él más que una circasiana comprada para su recreo, y se ha contentado con verme bonita, limpia y amable.»

Respondióle el pintor que no se apurara por adquirir el saber doméstico, pues fácilmente se lo enseñaría la práctica. «Eres una niña—agregó,—con muchísimo talento y grandes disposiciones. Te falta sólo el pormenor, el conocimiento menudo que dan la independencia y la necesidad.

—Un recelo tengo—dijo Tristana, echándole al cuello los brazos:—que dejes de que-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

rerme por no saber yo lo que se puede comprar con un duro... porque temas que te convierta la casa en una escuela de danzantes. La verdad es que si pinto como tú, ó descubro otra profesión en que pueda lucir y trabajar con fe, ¿cómo nos vamos á arreglar, hijo de mi vida? Es cosa que espanta.

Expresó su confusión de una manera tan graciosa, que Horacio no pudo menos de soltar la risa.

«No te apures, hija. Ya veremos. Me pondré yo las faldas. ¡Qué remedio hay!

—No, no—dijo Tristana, alzando un dedito, y marcando con él las expresiones de un modo muy salado.—Si encuentro mi manera de vivir, viviré sola. ¡Viva la independencia!... sin perjuicio de amarte y de ser siempre tuya. Yo me entiendo: tengo acá mis ideitas. Nada de matrimonio, para no andar á la greña por aquello de quién tiene las faldas y quién no. Creo que has de quererme menos si me haces tu esclava; creo que te querré poco si te meto en un puño. Libertad honrada es mi tema... ó si quieres, mi dogma. Ya sé que es difícil, muy difícil, porque la *sociedáz,* como dice Saturna... No acabo de entenderlo... Pero yo me lanzo al ensayo... ¿Que fracaso? Bueno. Y si no fracaso, hijito, si me salgo con la mía, ¿qué dirás tú? ¡Ay! has de

verme en mi casita, sola, queriéndote mucho, eso sí, y trabajando, trabajando en mi arte para ganarme el pan; tú en la tuya, juntos á ratos, separados muchas horas, porque... ya ves, eso de estar siempre juntos, siempre juntos, noche y día, es así, un poco...

—¡Qué graciosa eres y re-cuantísimo te quiero! No paso por estar separado de tí parte del día. Seremos dos en uno, los hermanos Siameses; y si quieres ponerte pantalones, póntelos; si quieres hacer el marimacho, anda con Dios... Pero ahora se me ocurre una grave dificultad. ¿Te la digo?

—Sí, hombre, díla.

—No, no quiero. Es pronto.

—¿Cómo pronto? Dímela, ó te arranco una oreja.

—Pues yo... ¿Te acuerdas de lo que hablábamos anoche?

—Chí.

—Que no te acuerdas.

—Que sí, bobillo. Tengo yo una memoria...! Me dijiste que para completar la ilusión de tu vida deseabas...

—Dílo.

—No, dílo tú.

—Deseaba tener un chiquillín.

—¡Ay! no, no; le querría yo tanto, que me moriría de pena si me le quitaba Dios. Por-

que se mueren todos *(con exaltación)*. ¿No ves pasar contínuamente los carros fúnebres con las cajitas blancas? ¡Me da una tristeza...! Ni sé para qué permite Dios que vengan al mundo, si tan pronto se los ha de llevar... No, no; niño nacido es niño muerto... y el nuestro se moriría también. Más vale que no lo tengamos. Dí que no.

—Digo que sí. Déjalo, tonta. ¿Y por qué se ha de morir? Supón que vive... y aquí entra el problema. Puesto que hemos de vivir separados, cada uno en su casa, independiente yo, libre y honrada tú, cada cual en su hogar honradísimo y *librísimo*... digo, libérrimo, ¿en cuál de los hogares vivirá el angelito?

Tristana se quedó absorta, mirando las rayas del entarimado. No se esperaba la temida proposición, y al pronto no encontró manera de resolverla. De súbito, congestionado su pensamiento con un mundo de ideas que en tropel lo asaltaron, echóse á reir, bien segura de poseer la verdad, y la expresó en esta forma:

«Toma, pues conmigo, conmigo... ¿qué duda puede haber? Si es mío, mío, ¿con quién ha de estar?

—Pero como será mío también, como será de los dos...

—Sí... pero... te diré... tuyo, porque... vamos, no lo quiero decir... Tuyo, sí; pero es más mío que tuyo. Nadie puede dudar que es mío, porque la Naturaleza, de mí propia lo arranca. Lo de tuyo es indudable; pero... no consta tanto, para el mundo, se entiende... ¡Ay! no me hagas hablar así, ni dar estas explicaciones.

—Al contrario, mejor es explicarlo todo. Nos encontraremos en tal situación, que yo pueda decir: mío, mío.

—Más fuerte lo podré decir yo: mío, mío, y eternamente mío.

—Y mío también.

—Convengo; pero...

—No hay pero que valga.

—No me entiendes. Claro es que tuyo... Pero me pertenece más á mí.

—No, por igual.

—Calla, hombre; por igual nunca. Bien lo comprendes: podría haber otros casos en que... Hablo en general.

—No hablamos sino en particular.

—Pues en particular te digo que es mío, y que no lo suelto, ¡ea!

—Es que... veríamos...

—No hay veríamos que valga.

—Mío, mío.

—Tuyo, sí; pero... fíjate bien... quiero decir que eso de tuyo no es tan claro, en la ge-

neralidad de los casos. Luego, la Naturaleza me da más derechos que á tí... Y se llamará como yo, con mi apellidito nada más. ¿Para qué tanto ringorrango?

—Tristana, ¿qué dices? *(incomodándose.)*

—Pero qué, ¿te enojas? Hijo, si tú tienes la culpa. ¿Para qué me...? No, por Dios, no te enfades. Me vuelvo atrás, me desdigo...

La nubecilla pasó, y pronto fué todo claridad y luz en el cielo de aquellas dichas, ligeramente empañado. Pero Díaz quedó un poco triste. Con sus dulces carantoñas, quiso Tristana disipar aquella fugáz aprensión, y más mona y hechicera que nunca, le dijo:

«¡Vaya, que reñir por una cosa tan remota, por lo que quizás no suceda! Perdóname. No puedo remediarlo. Me salen ideas, como me podrían salir granos en la cara. Yo ¿qué culpa tengo? Cuando menos se piensa, pienso cosas que no debe una pensar... Pero no hagas caso. Otra vez, coges un palito y me pegas. Considera esto como una enfermedad nerviosa ó cerebral, que se corrige con unturas de vara de fresno. ¡Qué tontería, afanarnos por lo que no existe, por lo que no sabemos si existirá, teniendo un presente tan fácil, tan bonito, para gozar de él!

XV

Bonito, realmente bonito á no poder más era el presente, y Horacio se extasiaba en él, como si transportado se viera á un rincón de la eterna gloria. Mas era hombre de carácter grave, educado en la soledad meditabunda, y por costumbre medía y pesaba todas las cosas, previendo el desarrollo posible de los sucesos. No era de estos que fácilmente se embriagan con las alegrías, sin ver el reverso de ellas. Su claro entendimiento le permitía analizarse con observación segura, examinando bien su sér inmutable al través de los delirios ó tempestades que en él se iban sucediendo. Lo primero que encontró en aquel análisis fué la seducción irresistible que la damita japonesa sobre él ejercía, fenómeno que en él era como una dulce enfermedad, de que no quería en ningún modo curarse. Consideraba imposible vivir sin sus gracias, sin sus monerías inenarrables, sin las mil formas fascinadoras que la divinidad tomaba en ella al humanizarse. Encantábale su modestia cuando humilde se mostraba, y su orgullo cuando se embravecía. Sus entusiasmos locos y sus desalientos ó tristezas le enamoraban del mismo modo. Jovial, era deliciosa la niña; enojada,